

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL TRIUNFO DE GIBASSIER.

Gibassier y el agente se encaminaron, ó más bien, el agente dirigió á Gibassier á la prefectura de policía.

Con las precauciones tomadas por el agente, todo proyecto de fuga era imposible.

Añadamos también, para gloria de Gibassier, que ni aun se le vino á la imaginación la idea de la fuga.

Hay más ; el aspecto burlón de su fisonomía, la sonrisa compasiva que vagaba en sus labios al mirar al agente, la manera desdeñosa y altiva con que se dejaba llevar al palacio de la calle de Jerusalén, revelaban una conciencia tranquila.

En una palabra, parecía haber tomado su partido, y marchaba más bien como mártir orgulloso que como víctima resignada.

De cuando en cuando, el agente le miraba al soslayo. Á medida que se iban acercando á la prefectura, la

frente de Gibassier, en vez de obscurecerse, se iluminaba.

Y era que pensaba de antemano en la tormenta de imprecaciones que la cólera de Mr. Jackal haría descargar sobre el malaventurado agente.

Esa serenidad que brilla como una aureola alrededor de las frentes puras, comenzó á espantar al conductor de Gibassier.

Durante la primera cuarta parte del camino, el agente no dudaba que había hecho una importante captura : á medio camino, dudaba ya : á las tres cuartas partes estaba convencido que había cometido una barbaridad.

Parecía que la cólera de Mr. Jackal, con que le había amenazado su prisionero, empezaba ya á mugir.

Resultó de aquí, que poco á poco el brazo del agente se fué aflojando, hasta dejar casi completamente libre el de Gibassier.

Éste observó la libertad relativa que se le concedía ; pero como comprendía la causa que hacía separarse el *deltoides* y el *biceps* de su compañero, hizo como que no reparaba en ello.

El agente, que esperaba le diese las gracias por su atención, se inquietó aún más cuando vió que á medida que iba soltando su brazo, el de su prisionero se iba apretando.

Había, pues, preso á una persona que no quería separarse de él.

— ¡ Diablo ! se dijo á sí mismo, ¿ me habré equivocado ?

Detúvose un momento para reflexionar, miró á Gibassier de la cabeza á los pies, y viendo que éste á su vez le miraba de los pies á la cabeza, con aire cada vez más burlón :

— Caballero, le dijo, conocéis la rigidez de nuestros deberes ; nos dicen : Arrestad, y arrestamos. De aquí re-

sulta, que algunas veces cometemos deplorables errores. Verdad es, que muchas veces arrestamos á verdaderos criminales; pero no es menos cierto que solemos alguna vez, y por equivocación, prender á algunas personas honradas.

— ¿Lo creéis? dijo Gibassier.

— Y honradísimas, repitió el agente.

Gibassier le miró de manera que quería decir:

— Yo soy una prueba de ello.

La serenidad de esta mirada acabó de desarmar al agente, que añadió con su más meliflúo tono:

— Temo, caballero, haber cometido una equivocación de este género, y como es todavía tiempo de repararla...

— ¿Qué queréis decir? preguntó desdeñosamente Gibassier.

— Quiero decir, caballero, que temo haber detenido á una persona honrada.

— Ya lo creo que podéis temerlo, dijo el forzado mirándole severamente.

— Me parecisteis á primera vista un personaje equívoco; pero ahora veo lo contrario, y aun creo que sois de los nuestros.

— ¿De los vuestros? preguntó en tono desdeñoso Gibassier.

— Y, como ahora poco decía, añadió humildemente el agente, como aun es tiempo de reparar esta falta...

— No, señor, no es ya tiempo, replicó Gibassier, porque gracias á esa falta, el hombre que estaba encargado de vigilar se ha escapado. ¡Y qué hombre!... Un conspirador, que tal vez derriba al gobierno antes de ocho días...

— Señor, respondió el agente, si queréis, ambos le buscaremos, y el diablo ha de ser ese hombre para que consiga escapársenos.

No era lo que quería Gibassier, el compartir con otro el honor de prender á Mr. Sarrànti.

— No, señor, dijo; si lo tenéis á bien acabaréis lo que habéis empezado.

— ¡Oh! no, dijo el agente.

— ¡Oh! sí, dijo Gibassier.

— No, replicó el agente; y la prueba es que me voy.

— ¿Qué os vais?

— Sí.

— ¿Conque os vais?

— Sí.

— ¿Y cómo?

— ¿Cómo? marchándome os presento mis respetos y os vuelvo la espalda.

Y en efecto, uniendo la acción á la palabra, el agente giró sobre sus talones; pero Gibassier á su vez lo cogió por el brazo, y haciéndole describir un semicírculo:

— Que no os vais, he dicho.

— ¿Y por qué?

— Porque me habéis detenido, para llevarme á la prefectura.

— Y bien, ¿qué?..

— Que vais á llevarme allá.

— No os llevaré.

— ¡Pardiez! si me llevaréis.

— Que no.

— Que sí, y os diré por qué. Si yo he perdido á mi hombre, es preciso que Mr. Jackal sepa quién me le ha hecho perder.

— No, caballero, no.

— Entonces, dijo Gibassier, soy yo quien os prendo á vos, y quien á mi vez os llevo á la policía, ¿entendéis?

— ¿Me prendéis vos?

— Sí, yo.

— ¿Y con qué derecho?

— Con el del más fuerte.

— Llamaré á mis dos hombres.

— Hacedlo, y yo llamo á cuantos pasen por la calle. Ya sabéis lo bien mirados que sois, señores de la rosa, y si cuento que me habéis preso sin razón, y que ahora me queréis dejar por temor de que os castiguen por abuso de autoridad... Ya veis... estamos tan cerca del río...

El agente se puso pálido como la cera; la gente, en efecto, comenzaba á arremolinarse. Sabia, en efecto, que el pueblo en esta época no les profesaba un gran cariño. Así que, miró á Gibassier con aire tan suplicante, que casi estuvo á punto de enternecerle.

Pero educado en las máximas de Mr. de Talleyrand, Gibassier ahogó está primera emoción.

Ante todo era preciso que se justificase á los ojos de Mr. Jackal.

Apretó, pues, su mano, que parecía una tenaza, alrededor de la muñeca del agente, y convirtiéndose de prisionero en gendarme, le condujo, quieras que no quieras, á la prefectura de policía.

Un inmenso gentío llenaba el patio del edificio.

¿Qué iba á hacer allí aquella gente?

Ya hemos dicho en un capítulo anterior, que se presagiaba una especie de asonada.

Esa muchedumbre que llenaba el patio de la prefectura, se componía de personas que debían representar su papel en el motín, y que venían á recibir el santo y seña.

Acostumbrado Gibassier á entrar en el patio de la prefectura atado codo con codo y salir en un carruaje escoltado,

sintió una alegría sin límites en hacer su entrada en aquel patio, como conductor y no como conducido.

La entrada de Gibassier fué una entrada triunfal. Llevaba alta la frente y audaz la mirada, en tanto que su prisionero le seguía, como sigue una fragata desarbolada al navío de alto bordo que la remolca, con las velas al viento y desplegado el pabellón.

Hubo un momento de vacilación en aquella respetable asamblea.

Se creía á Gibassier en Tolón, y de pronto se le veía aparecer como un jefe en ejercicio.

Pero Gibassier, viendo la duda de que era objeto saludó á derecha é izquierda, á los unos amistosamente, con aire protector á los otros, de modo que sucedió al saludo un sordo murmullo, y muchos de los concurrentes se apresuraron á darle muestras de la alegría que les causaba su aparición.

Cambiaron mil apretones de manos y mil cumplimientos con gran confusión del pobre agente á quien Gibassier empezaba á mirar con compasión.

Después presentaron á Gibassier al jefe de la brigada, venerable falsario, que, como Gibassier, después de ciertas condiciones debatidas entre él y Mr. Jackal, había vuelto á hacer su entrada triunfal en el mundo. Había salido de Brest, de modo que ni conocía á Gibassier, ni éste le conocía á él.

Pero Gibassier, en sus veladas en la orilla del Mediterráneo, había oído hablar tanto y con tanta frecuencia de este ilustre anciano, que deseaba hacía mucho tiempo estrechar sus venerables manos.

El jefe le acogió paternalmente.

— Hijo mío, le dijo, hace mucho tiempo que deseaba veros. He conocido mucho á vuestro padre...

— ¡ Mi padre !... dijo Gibassier, que no había jamás sabido quién era el autor de sus días.

Y añadió para sí :

— Hé aquí un bribón más feliz que yo.

— Es una verdadera dicha, continuó el jefe, volver á hallar en vos las facciones de aquel honrado ciudadano. Si necesitáis algún consejo, decídmelo, hijo mío ; desde hoy me tenéis á vuestra disposición.

Toda la concurrencia pareció envidiar el privilegio que el jefe acababa de conceder á Gibassier.

Al cabo de cinco minutos, el agente pudo, aunque admirado, ver y contar los mil y mil ofrecimientos y las innumerables protestas de amistad que se hacían á su conductor, Mr. Bagneres de Tolón,

Gibassier le dirigió una mirada que quería decir :

— Y bien, ¿ os había yo engañado ?

El agente inclinó la cabeza.

— Vamos, le dijo Gibassier, confesad francamente que no sois más que un asno.

— Lo confieso francamente, respondió el agente, que hubiera confesado cualquier cosa que Gibassier le hubiera exigido.

— Pues bien, dijo Gibassier, desde el momento en que hacéis semejante confesión, mi honor está satisfecho, y os prometo ser clemente con vos cuando vuelva Mr. Jackal.

— ¿ Á la vuelta de Mr. Jackal ? preguntó el agente.

— Sí, á su vuelta, me contentaré con presentarle vuestra falta como un exceso de celo. Ya veis que os trato benignamente.

— ¿ Pero si Mr. Jackal ha vuelto ya ? dijo el agente, que temiendo ver resfriarse las buenas disposiciones de Gibassier, quería aprovecharlas en el acto.

— ¡ Cómo !... ¿ Mr. Jackal ha vuelto ?

— Sin duda.

— ¿ Cuando ?

— Está mañana á las seis.

— ¡ Y no me lo decís ! dijo Gibassier con voz tonante.

— V. E. no me lo había preguntado, respondió humildemente el agente.

— Tenéis razón, amigo mío, respondió Gibassier calmándose.

— ¡ Amigo !... murmuró el agente, ¡ me ha llamado su amigo !...

Y añadió en alta voz :

— ¿ Qué puedo hacer por vos ?

— Acompañarme cuanto antes á casa de Mr. Jackal.

— Marchemos, dijo el agente.

— Y comenzó á dar zancadas de más de vara y media, aunque la aventura normal de sus piernas no fuese más que de dos pies y medio.

Gibassier saludó por última vez á la asamblea con la mano, se internó algunos pasos bajo la bóveda que da frente á la puerta, tomó á la derecha la escalerita que vimos tomar á Salvador, subió dos pisos, enfiló á la derecha un sombrío corredor, y llegó por fin á la puerta del despacho de Mr. Jackal.

El portero de servicio, reconociendo, no á Gibassier, sino al agente, abrió en el acto la puerta de Mr. Jackal.

— ¿ Qué haces, tunante ? dijo Mr. Jackal. ¿ No te he dicho que no estaba más que para Gibassier ?

— Héme aquí, Mr. Jackal, gritó Gibassier.

Después, volviéndose al agente :

— No está más que para mí, ¿ lo ois ?

El agente se agarró con las manos á la pared para no caer de rodillas.

— Vamos, dijo Gibassier, seguidme; os he prometido ser elemento, y cumpliré mi promesa.

Entraron en casa de Mr. Jackal.

— ¡Cómo!... ¿sois vos, Gibassier? dijo el jefe supremo; había pronunciado casualmente vuestro nombre.

— No por eso me honra menos ese recuerdo, dijo Gibassier.

— ¿Habéis, pues, dejado á vuestro hombre? preguntó Mr. Jackal.

— ¡Ay! respondió Gibassier, no soy yo, sino él, quien me ha dejado á mí.

Mr. Jackal frunció severamente las cejas. Gibassier dió un codazo al agente como para decirle:

— Ya veis el compromiso en que me habéis puesto.

— Señor, dijo Gibassier mostrando al culpable, interrogad á este hombre, él os lo dirá todo.

Mr. Jackal levantó sus anteojos á la altura de su frente, para mirar al que le habían señalado.

— ¡Ah! ¿eres tú, Furrichón? dijo; acércate, y dinos por qué eres causa de que no se hayan ejecutado mis órdenes.

Furrichón vió que no habia escape. Decidióse, pues, y como un testigo delante del juez, dijo la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad.

— Eres una bestia, dijo Mr. Jackal al agente.

— Eso mismo es lo que me ha dicho S. E. el conde Bagneres de Tolón, respondió el agente con profunda contrición.

— Mr. Jackal pareció buscar con la vista el ilustre personaje que había emitido una opinión tan conforme con la suya respecto á Furrichón.

— Soy yo, dijo Gibassier inclinándose.

— ¡Ah! muy bien, muy bien, dijo Mr. Jackal. ¿Os habéis hecho agente hidalgo?

— Si, señor, dijo Gibassier; pero debo deciros, que he prometido á este desgraciado, en vista de su profundo arrepentimiento, que seriais indulgente con él. Su falta ha sido un exceso de celo.

— En consideración á nuestro amigo y leal Gibassier, dijo con majestad Mr. Jackal, os concedemos amplio perdón de vuestras faltas. Marchaos, y cuidado con volver á cometer otra torpeza.

El malaventurado agente salió haciendo cortesias.

— ¿Queréis hacerme el honor, mi querido Gibassier, dijo Mr. Jackal, de almorzar conmigo?

— Con mucho gusto, Mr. Jackal, respondió Gibassier.

— Pasemos, pues, al comedor, dijo Mr. Jackal echando delante, para enseñarle el camino.

Gibassier siguió á Mr. Jackal.

CAPÍTULO II.

LA SEGUNDA VISTA.

Mr. Jackal indicó con la mano una silla á Gibassier.

Esta silla estaba colocada enfrente de él, al lado opuesto de la mesa.

Y al indicarle la silla, le hizo también señal de que tomase asiento.

Pero queriendo Gibassier mostrarle que conocia también las leyes de la politica:

— Permittedme, le dijo, que os felicite antes por vuestra vuelta á París, Mr. Jackal.

— Os felicito igualmente y por el mismo motivo, respondió cortésmente Mr. Jackal.

— ¿Creo que vuestro viaje se habrá efectuado felizmente?

— Lo más felizmente del mundo, mi querido Gibassier. Pero demos treguas á los cumplimientos; haced lo que yo, sentaos.

— Mil gracias.

Gibassier se sentó.

— ¿Os gustan las chuletas? le preguntó Mr. Jackal.

— Ciertamente que sí, contestó Gibassier.

— Pues servios.

Gibassier tomó una chuleta.

— Acercad vuestro vaso.

— Ahora, dijo Mr. Jackal, comed, bebed y escuchadme.

— Soy todo oídos, dijo Gibassier, comiendo, como suele decirse, á dos carrillos.

— Pues, continuó M. Jackal, según lo que he oído, por la barbaridad de ese agente, habéis perdido vuestro hombre, mi querido Gibassier.

— ¡Ay! respondió Gibassier colocando en el borde de su plato el pelado hueso de su chuleta; estoy desesperado. Hallarme encargado de tan alta misión, cumplirla con gloria, si me es permitido decirlo así, y naufragar al darle ya cima...

— Es una desgracia.

— Aun cuando viva cien años, no podré consolarme de ella.

Y Gibassier hizo un gesto de desesperación.

— Pues bien, dijo tranquilamente Mr. Jackal, después de haber apurado de un trago un gran vaso de Burdeos; yo soy más indulgente; yo os perdonaré esa falta.

— No, no, Mr. Jackal, no acepto vuestro perdón, dijo Gibassier; me he conducido como un novato: casi casi, se me figura que he sido yo aun más bestia que el mismo agente.

— ¿Qué hubiérais hecho contra él, mi querido Gibassier? Me parece que hay un refrán que viene como de molde á lo que os ha sucedido: Contra la fuerza..

— Sí, pero debí largarle un puñetazo y echar á correr tras de Mr. Sarranti.

— Y á los pocos pasos os hubieran detenido dos hombres que le acompañaban.

— ¡Oh!... dijo Gibassier, amenazando como Ajax con el puño á los dioses.

— ¡Pero cuando os digo que os perdono!... replicó Mr. Jackal.

— Cuando vos me perdonáis, dijo Gibassier renunciando á la expresiva pantomima que representaba, es sin duda porque tenéis un medio de hallar á *nuestro hombre*. Me permitis que diga nuestro hombre, ¿no es cierto?

— ¿Por qué no? respondió Mr. Jackal entusiasmado con la prueba de inteligencia que acababa de darle Gibassier, adivinando que si no estaba inquieto, era porque no había motivo para estarlo. Os autorizo, mi querido Gibassier, aun cuando no fuera más que para recompensaros, para que llaméis á Mr. Sarranti nuestro hombre; porque al fin y al cabo, tanto os pertenece á vos que le habéis perdido, después de haberle descubierto, como á mi que lo he encontrado, después que vos lo habíais perdido.

— No es posible, dijo Gibassier estupefacto.

— ¿El qué no es posible?

— El que lo hayáis encontrado.

— Sin embargo, es cierto.

— Mas ¿cómo puede ser eso, cuando apenas hace una hora que lo he perdido?

— Y no hace más que cinco minutos que yo lo he vuelto á encontrar.

— ¿De modo que le tenéis ya? preguntó Gibassier.

— ¡ Oh ! ¡ no tanto ! ya sabéis que tenemos que proceder con él de cierta manera. Lo tendré, ó mejor dicho, lo tendréis. Sólo que esta vez, tendréis cuidado de no volverle á perder, porque decentemente no podría hacerlo anunciar.

Gibassier no había perdido la esperanza de volverle á encontrar. La noche antes en la casa de la calle del Ulm, en la reunión de los cuatro conspiradores y Mr. Sarranti, se habían dado mutuamente cita para la iglesia de la Asunción ; pero Mr. Sarranti podía concebir alguna sospecha y no acudir á esta iglesia.

Además, Gibassier no quería aparentar que tenía este recurso.

Había, pues, resuelto, que pasase como obra de su genio el volver á encontrar á Mr. Sarranti.

— ¿ Y cómo lo hallaré ? preguntó Gibassier.

— Siguiendo la pista.

— Pero perdida esta ahora...

— No está perdida nunca la pista con un ojeador como yo y un sabueso tan fino como vos.

— Entonces, dijo Gibassier, convencido de que Mr. Jackal se alababa, y queriendo llevarlo hasta sus últimos atrincheramientos, no hay que perder momento.

Y se levantó como para correr detrás de Mr. Sarranti.

— En nombre de S. M., de quien tenéis el honor de salvar la corona, os doy gracias por vuestro noble anhelo, mi querido Gibassier, dijo Mr. Jackal.

— Soy el más humilde, pero también uno de los más fieles y adictos servidores de S. M. el rey, dijo Gibassier inclinándose modestamente.

— Bien, dijo Mr. Jackal, estad seguro que vuestra decisión será recompensada. No es á los reyes á quienes se puede acusar de ingratos.

— No ; más bien á los pueblos, respondió Gibassier levantando filosóficamente la vista al cielo. ¡ Ah !...

— ¡ Bravo !

— En todo caso, mi querido Mr. Jackal, dejando á un lado la ingratitud de los reyes y el reconocimiento de los pueblos, permitidme deciros que estoy y estaré siempre á vuestra disposición.

— ¿ Me queréis hacer el favor de comer este muslito de pollo ?

— ¡ Oh !... ¿ pero si se nos escapa mientras comemos ?

— No se nos escapará ; nos espera.

— ¿ Dónde está ?

— En la iglesia.

Gibassier miró á Mr. Jackal con creciente admiración. ¿ Cómo podía Mr. Jackal estar casi tan enterado como él sobre este punto ?

Resolvió averiguar hasta dónde alcanzaba la ciencia de Mr. Jackal.

— ¡ En la iglesia !... exclamó, permitidme que dude.

— ¿ Y por qué ? preguntó Mr. Jackal.

— Porque, respondió Gibassier, el que corre por los caminos como un endemoniado, sólo tiene excusa cuando esta carrera tiene por objeto su salvación.

— Tanto mejor, dijo el jefe de la policía. Veo, mi querido Gibassier, que sois algo inclinado á observar, y os felicito por ello, porque desde hoy vuestra ocupación será esa. Os repito, pues, que encontraréis á nuestro hombre en la iglesia.

Gibassier quiso saber si Mr. Jackal estaba informado del todo.

— ¿Y en qué iglesia lo hallaré? preguntó, creyendo coger en un renuncio á Mr. Jackal.

— En la de la Asunción, respondió sencillamente Mr. Jackal.

Gibassier caminaba de sorpresa en sorpresa.

— ¿Conocéis bien la iglesia de la Asunción? insistió Mr. Jackal, viendo que Gibassier no contestaba.

— ¡Pardiez! replicó Gibassier.

— Pero de oídas sin duda, porque no creo que vuestra piedad ni vuestros sentimientos religiosos estén muy exaltados.

— Tengo fe, como la tiene todo el mundo, respondió Gibassier levantando hipócritamente sus ojos.

— No me disgustaría el que me convencieseis de ello, dijo Mr. Jackal sirviendo el café á Gibassier, y si pudiéramos disponer de más tiempo, os suplicaría me expusieseis vuestro sistema teológico. Ya sabéis que en la calle de Jerusalén tenemos grandes teólogos. El hábito de la clausura os debe naturalmente haber insensiblemente conducido á la meditación. Por desgracia, hoy no podemos tener tiempo para hablar; otro día será, y para entonces os aplazó.

Gibassier escuchaba entornando los ojos y enfriando el café.

— Ya sabéis, pues, que encontraréis á nuestro hombre en la Asunción.

— ¿Á maitines, completas, ó visperas? preguntó Gibassier con indefinible expresión de malicia y de candidez.

— En misa mayor.

— ¿Á las once y media, entonces?

— No, á las doce; podéis estar allí, si gustáis, á las once y media; pero hasta mediodía no llegará nuestro hombre.

Esta era, en efecto, la hora convenida.

— Son las once, exclamó Gibassier mirando la péndola de la habitación.

— Aguardad todavía; moderad vuestra impaciencia, que aun tenemos tiempo de que toméis esto tranquilamente.

Y al decir esto, vertió en la taza de Gibassier como un medio vaso de ron.

— ¡Gloria in excelsis! dijo Gibassier levantando entre sus dos manos la taza, como si levantase un incensario.

Mr. Jackal inclinó la cabeza como hombre convencido de que merecía este honor.

— Ahora, dijo Gibassier, permitidme deciros una cosa, que no quita nada á vuestro mérito, ante el cual me inclino, y á quien rindo justo homenaje.

— Hablad.

— Sabía todo lo que me habéis dicho.

— ¡Ah! ¿De veras?

— Sí.

— ¿Y cómo?

— Hé aquí por qué lo sabía.

Entonces Gibassier contó á Mr. Jackal toda la historia de la calle de Ulm; cómo se había hecho pasar por un afiliado; cómo había entrado en la casa, y cómo había convenido en encontrarse con los demás, á las doce, en la iglesia de la Asunción.

Mr. Jackal, á su vez, le oyó con tal atención, que ésta era un mudo homenaje á la sagacidad de su interlocutor.

— Según eso, dijo cuando acabó Gibassier, ¿ creéis que habrá mucha gente en ese entierro ?

— Lo menos cien mil personas.

— ¿ Y en la iglesia ?

— Todas las que pueda contener. Tal vez dos ó tres mil.

— No será, pues, muy fácil hallar á vuestro hombre entre semejante gentío, mi querido Gibassier.

— El Evangelio dice : « Busca, y hallarás. »

— Voy á quitaros la molestia de que busquéis.

— ¡ Vos !

— Sí ; al dar las doce hallaréis á Mr. Sarranti apoyado en el tercer pilar, entrando en la iglesia á mano izquierda, y hablando con un monje dominico.

Mr. Jackal poseía en tan alto grado el golpe seguro y certero del don de la doble vista, que Gibassier saludó sin decir palabra, se humilló ante semejante superioridad, cogió el sombrero y salió.

CAPÍTULO III.

DOS HIDALGOS DE CAMINO REAL.

Carmañola salía del palacio de la calle de Jerusalén, en el momento mismo en que después de haber dejado el retrato de San Jacinto en casa de Carmelita, Domingo bajaba á grandes pasos por la calle de Tournón.

El patio del palacio estaba vacío ; sólo había en él un grupo de tres hombres.

De este grupo se separó uno, y Gibassier reconoció, en aquel hombre flaco, de color verdoso, de ojos negros y brillantes, y que se acercaba á él, Gibassier, decimos, reconoció á su colega Carmañola, el confidente de Mr. Jackal, el mismo que le había transmitido en Kehl las órdenes de su común amo.

Gibassier le esperó sonriendo.

Los dos se saludaron.

— ¿ Vais á la Asunción ? preguntó Carmañola.

— ¿ No tenemos que cumplir ese postrer deber con los restos de un gran filántropo ? dijo Gibassier.

— Justamente, respondió Carmañola, y esperaba vuestra salida de casa de Mr. Jackal, para hablaros un momento de nuestra doble misión.

— Con mucho gusto. Hablemos andando, ó andemos hablando. El tiempo no se nos hará largo, á mi sobre todo.

Carmañola se inclinó.

— Ya sabéis lo que vamos á hacer allá abajo.

— Yo voy para no perder de vista á un hombre que hallaré apoyado en el tercer pilar, á la izquierda, hablando con un monje, dijo Gibassier, que no podía menos de admirar la exactitud y precisión de las señas.

— Y yo voy para prender á ese hombre.

— ¿ Cómo para prenderle ?

— Sí, en un momento dado, y esto es lo que estoy encargado de deciros.

— ¿ Estáis encargado de prender á Mr. Sarranti ?

— No tal, ¡ diablo ! Mr. Dubreuil es el nombre por él elegido, y en verdad que no tendrá por qué quejarse de ello.

— ¿ Vais á prenderle como conspirador ?

— No, como amotinado.

— ¿ Luego vamos á tener un motin serio ?

— Serio, no ; pero vamos á tener motin.

— ¿ No os parece imprudente, mi querido cofrade, dijo Gibassier deteniéndose para dar más peso á sus palabras ; no os parece imprudente arriesgar un motin en un dia como éste, en que todo Paris está en la calle ?

— Si, pero ya conocéis el proverbio : « El que no se arriesga, no pasa la mar. »

— Sin duda ; pero esta vez jugamos el todo por el todo.

— Sólo que jugamos con cartas vistas.

Esta observación tranquilizó un poco á Gibassier.

Sin embargo, su rostro aparecía inquieto todavía, ó más bien pensativo.

¿ Eran tal vez los sufrimientos que Gibassier había experimentado en el fondo del Pozo-que-habla, los que asomaban á su rostro, reanimados por el recuerdo de lo que en la noche anterior había visto y oído ? ¿ Era tal vez el cansancio de un viaje precipitado y de su más precipitado regreso, lo que había impreso en su frente el sello engañador del esplín, hasta tal punto, que el conde Bagneres de Tolón parecía en aquel momento presa de un gran cuidado ó de una viva inquietud ?

Carmañola observó esto y no pudo menos de preguntarle la causa de ello, en el momento en que volvían la esquina de la calle de San Germán l'Auxerrois.

— ¿ Estáis pensativo ? le preguntó.

— ¡ Hé ! dijo Gibassier.

Carmañola repitió su pregunta.

— Si, es verdad ; amigo mío, me admira una cosa.

— ¿ Diablo ! mucho honor hacéis á esa cosa, dijo Carmañola.

— Me preocupa bastante.

— Decídmela, y si yo puedo quitaros esa preocupación, seré verdaderamente feliz.

— Héla aquí. Mr. Jackal, me ha dicho que encontraría á nuestro hombre á las doce en punto en la iglesia de la Asunción, en el tercer pilar, entrando, á mano izquierda.

— ¿ En el tercer pilar ? eso es.

— Y hablando á un fraile.

— Á su hijo, fray Domingo Sarranti.

Gibassier miró á Carmañola del mismo modo que había mirado á Mr. Jackal.

— Pues bien, me creía fuerte, y parece que estaba engañado,

— ¿ Por qué esa humildad ? preguntó Carmañola.

Gibassier permaneció mudo aún por algunos momentos : era evidente, que hacia inauditos esfuerzos para penetrar con sus ojos de lince la obscuridad que le rodeaba.

— Pues bien, dijo, todas esas señas deben ser falsas.

— ¿ Por qué ?

— Ó si son verdad, me admiran, me llenan de estupor.

— ¿ Por quién ?

— Por Mr. Jackal.

Carmañola se quitó su sombrero, como hace el jefe de una tropa de saltimbanquis al hablar del alcalde ó de las autoridades.

— ¿ Y qué señas son esas ? dijo.

— Las de ese pilar y las de ese fraile. Admito que Mr. Jackal sepa el presente, que sepa el pasado.

Carmañola acompañaba cada frase de Gibassier con un movimiento de cabeza afirmativo.

— Pero que sepa también el porvenir, hé aquí lo que no puedo creer, Carmañola.

Carmañola se echó á reír, enseñando sus blancos dientes.

— ¿Y cómo os explicáis que sepa el pasado y el presente? preguntó Carmañola.

— Que Mr. Jackal haya adivinado que Mr. Sarranti se dirigiría á la iglesia, nada más sencillo; cuando arriesga su vida para derrocar al gobierno, es natural que implore el socorro de la religión y la ayuda de los santos. Que haya adivinado que escogería la Asunción, nada más sencillo también, puesto que esta iglesia está destinada á ser el foco de la insurrección.

Carmañola continuaba aprobando con la cabeza.

— Que haya adivinado que Mr. Sarranti se hallaría allí á las doce más bien que á las once, nada tiene tampoco de particular. Un conspirador que ha pasado parte de la noche desempeñando su oficio, á menos que no sea un bribón ultra-robusto, no irá á tiritar de gusto á la primera misa de la mañana. Que haya adivinado que se apoyaría en un pilar, nada tiene de maravilloso. Después de tres ó cuatro días con sus noches, pasadas viajando, nada tiene de particular, que experimentando cierta fatiga, se apoye para reposar contra uno de los pilares. En fin, que por una deducción lógica haya adivinado que encontraría á mi hombre más bien á la izquierda que á la derecha, lo comprendo también, porque naturalmente la izquierda debe ser elegida por un jefe de oposición. Todo esto es hábil, extraordinario; pero de ninguna manera maravilloso, puesto que puedo explicármelo. Pero lo que me admira, lo que me tiene estupefacto, sumido en un abismo de dudas y vacilaciones, es...

Gibassier se detuvo, como para dejar adivinar el enigma por un esfuerzo de inteligencia.

— Y bien, ¿qué es? preguntó Carmañola.

— Es, cómo Mr. Jackal ha podido adivinar en qué pilar se apoyaría, á qué hora se apoyaría, y que un monje á esta misma hora y mientras estaba apoyado vendría á hablarle.

— ¡Cómo! dijo Carmañola, ¿es eso lo que os tiene abstraído y lo que nubla vuestra frente, señor conde?

— Eso es, Carmañola, respondió Gibassier.

— Pues á fe que es tan sencillo como lo demás.

— ¡Bah!...

— Es aun más sencillo

— ¿De veras?

— Palabra de honor.

— ¿Queréis entonces hacerme el favor de explicarme ese misterio?

— Con mucho gusto. Os escucho.

— ¿Conocéis la *Barbeta*?

— Conozco una calle de ese nombre, que empieza en la de los Tres-Pabellones y acaba en la calle vieja del Temple.

— No es eso.

— Conozco la puerta *Barbeta*, que formaba parte del recinto de Felipe Augusto, y que debe su nombre á Esteban *Barbette* de París, maestro de la Moneda y preboste de los mercaderes.

— No es tampoco eso.

— Conozco el palacio *Barbette*, en que Isabel de Baviera dió á luz al delfín Carlos VII. El duque de Orleans salía de este palacio, cuando el 25 de Noviembre 1407, en una noche lluviosa, fué asesinado...

— Basta, gritó Carmañola, que se ahogaba como un hombre á quien hacen tragar una hoja de sable. Basta; unas palabras más, Gibassier, y pido para vos una cátedra de historia.

— Es verdad, respondió Gibassier, siempre la erudición

me ha perdido. Pero, en fin, ¿ me diréis de qué Barbeta habláis ; es de la calle de la puerta ó del palacio ?

— Ni de la una ni del otro, ilustre bachiller, dijo Carmañola mirando con admiración á Gibassier, y trasladando su bolsa desde el bolsillo derecho al izquierdo, es decir, poniendo todo el espesor de su cuerpo entre ella y su compañero, creyendo, y tal vez con razón, que debía esperarse todo de un hombre que confesaba saber tantas cosas, y que sabía sin duda mucho más de lo que confesaba.

— No, continuó Carmañola, mi Barbeta es una alquiladora de sillas de la iglesia de Santiago, que vive en el pasadizo de las Viñas.

— ¡ Ah ! ¿ conque es una alquiladora de sillas del pasadizo de las Viñas ? dijo desdeñosamente Gibassier ; y ¿ qué miserables casas frecuentáis, amigo Carmañola !

— Es preciso conocer de todo, señor conde.

— ¿ En fin ? dijo Gibassier.

— Digo, pues, que la Barbeta alquila sillas, sobre las que mi amigo Paja-Larga, ¿ conocéis á Paja-Larga ?

— De vista.

— Pues bien, alquila sillas en las que no desdeña sentarse mi amigo Paja-Larga.

— ¿ Y qué relación tiene esa mujer que alquila sillas, en las que Paja-Larga se sienta, con el misterio que deseo descubrir ?

— Una relación directa.

— Veamos, dijo Gibassier deteniéndose, guiñando los ojos, encogiéndose de hombros, y cruzando los brazos ; en una palabra, empleando todos los recursos de la voz y del gesto para decir :

— No lo entiendo.

CAPÍTULO IV.

DOS CABALLEROS DE CAMINO REAL (CONTINUACIÓN).

Carmañola se detuvo á su vez, sonriendo y gozando de su triunfo.

El reloj de la iglesia de la Asunción dió los tres cuartos para las doce.

Ambos callaron para escuchar con atención.

— Las doce menos cuarto, dijeron ; tenemos tiempo aún de hablar.

Esta exclamación probaba la atención que ambos prestaban á la conversación que seguían.

Pero como la atención estaba más vivante excitada en Gibassier que en Carmañola, puesto que el primero era el que preguntaba, y el segundo el que respondía :

— Escucho, dijo Gibassier.

— Ignoráis tal vez, mi querido colega, pues que no tenéis las mismas inclinaciones religiosas, que todas las alquiladoras de sillas se conocen como los dedos de la mano.

— Confieso francamente que lo ignoraba, dijo Gibassier.

— Pues bien, replicó Carmañola orgulloso con haberle enseñado algo á un hombre tan sabio ; esta alquiladora de sillas de la iglesia de Santiago...

— La Barbeta, dijo Gibassier, para probar que no perdía palabra de la conversación.

— La misma : es íntima amiga de una alquiladora de sillas de San Sulpicio, cuya alquiladora de sillas vive en la calle del Pot-de-Fer.

— ¡ Ah ! exclamó Gibassier, deslumbrado por aquel rayo de luz.

— ¿ Empezáis á comprender ?

— ¡ Empiezo á entrever, á adivinar !...

— Pues bien, nuestra alquiladora de sillas de San Sulpicio es portera, como hace poco os decía, de la casa en cuya puerta dejasteis ayer á Mr. Sarranti, y en la que vive su hijo Domingo

— Continuad, dijo Gibassier, no queriendo que se cortase la relación.

— Pues bien, el primer pensamiento que le ocurrió á Mr. Jackal al recibir vuestra carta esta mañana, fué, al ver que habíais seguido á Mr. Sarranti hasta una casa de la calle del Pot-de-Fer, el de enviarme á buscar para preguntarme, si conocía á alguno de los inquilinos. Ya comprenderéis, Gibassier, cuán grande fué mi alegría al saber que era aquella casa, cuya portería estaba confiada á la custodia de la amiga de mi amigo. No hice más que contestarle con una señal afirmativa, y emprendí mi camino. Sabía que encontraría á Paja-Larga en su casa. Era cabalmente la hora en que acostumbraba tomar su café. Me dirigí, pues, al pasadizo de las Viñas, y hallé allí á Paja-Larga. Dijele dos palabras al oído, él dijo otras cuatro al de la Barbeta, y ésta marchó al momento para hacer una visita á su amiga la alquiladora de sillas de San Sulpicio.

— ¡ Ah ! ; ya ! ; ya ! dijo Gibassier, que comenzaba á descifrar las primeras sílabas de la charada. Continuad, que os escucho sin pestañear.

— Á las ocho ù ocho y media de la mañana, la Barbeta fué á casa de la portera de la calle del Pot-de-Fer. Ya os he dicho, creo, que en cuatro palabras la puso al corriente del negocio Paja-Larga.

La primera cosa que notó al entrar, en una de las vidrieras, fué una carta para fray Domingo Sarranti.

— ¡ Hola !... dijo á su amiga, ¿ no ha vuelto aún tu fraile ?

— No ; pero lo espero de un momento á otro.

— Es raro que pase tanto tiempo fuera.

— ¿ Y qué sabe uno de lo que hacen los frailes ? Pero, ¿ por qué me hablas de él ?

— Porque he visto allí una carta con sus señas.

— ¡ Ah ! es una que me han traído ayer noche.

— Y en verdad, dijo la Barbeta, que parece letra de mujer.

— Á fe mía que no. ¡ Mujeres !... Durante los cinco años que lleva viviendo aquí, no he visto ni aun la sombra de una.

— ¡ Ah ! vos ocultáis...

— ¡ Oh ! no, no. Es un hombre quien le ha escrito, y en verdad que me causó un gran miedo.

— ¿ Os ha insultado, comadre ?

— No diré yo tanto, á Dios gracias. Pero, ya ves... cuando más descuidada estaba, abro los ojos, y veo delante de mí un hombre vestido todo de negro...

— ¿ Era acaso el diablo ?

— No, porque después de haberse marchado, hubiera olido á azufre. Me preguntó si fray Domingo había vuelto.

— Todavía no, le contesté.

— Pues yo os anuncio que vendrá esta noche ó mañana por la mañana á más tardar.

— Eso debía ser horrible me parece, dijo la Barbeta.

— ¿ Conque vuelve esta noche ó mañana ? A fe de Fenisa, que me alegro.

— ¿ Es vuestro confesor ? me preguntó riendo.

— Caballero, le dije, sabed que yo no me confieso con personas de su edad.

— Pues bien, hacedme el gusto de decirle; pero no, mejor es otra cosa. ¿Tenéis pluma, papel y tinta?

— ¡Vaya una pregunta!

Voy á escribirle; dadme lo necesario.

Dile lo que me pedía, y escribió esa carta.

— Ahora, ¿tenéis obleas ó lacre con que cerrarla?

— ¡Oh! en cuanto á eso, perdonadme; pero no tengo.

— ¿Y no teniais efectivamente? preguntó la Barbeta.

— Si que tenia; pero ¿por qué habia de regalar mi lacre y mis obleas á un desconocido?

— Es claro; obrando así, podríais llegar á arruinaros.

— ¡Oh! no es por arruinarme, sino por la desconfianza que hacen de uno al pedirle lacre para cerrar una carta.

— Sí, y además esto impide el leerla después que se ha marchado el que la ha escrito. Pero entonces, continuó la Barbeta mirando la carta, ¿cómo es que está cerrada y sellada?

— Porque tanto buscó y rebusó en su cartera, que por fin logró hallar en ella una oblea.

— De suerte, que ¿no sabéis lo que contiene la carta?

— Á fe mía que no. Y además, ¿de qué me serviría á mi el saber que fray Domingo es su hijo, que le esperará hoy á mediodía en la iglesia de la Asunción, apoyado en el tercer pilar entrando á mano izquierda, y que se halla en París bajo el nombre de Mr. Dubreuil?

— Entonces, ¿la habéis leído?

— ¡Oh! la he abierto... pero me daba que hacer el empeño que tenia en cerrarla.

En este momento se oyó la campana de San Sulpicio.

— ¡Ah!... exclamó la portera de la calle del Pot-de-Fer, y yo que olvidaba...

— ¿El que?

— Que hay un entierro á las nueve; y mi marido que se ha marchado á beber... Aunque no acostumbra hacerlo...

¿Si querrá que deje la portería al gato?

— ¿No estoy yo aquí? dijo la Barbeta.

— Si me quisierais hacer ese favor...

— ¿Por qué no? es una obligación el ayudar al prójimo.

Y con esta seguridad, la alquiladora de sillas de San Sulpicio marchó á ocuparse de sus alquileres.

— ¡Ah! ya comprendo, dijo Gibassier; en cuanto quedó sola la Barbeta, abrió á su vez la carta.

— La puso al vapor de un puchero, la abrió, sacó una copia exacta, de modo que diez minutos después teniamos la carta en nuestro poder.

— Y la carta ¿qué decía?

— Lo que habia dicho la portera del número 28. Aquí tenéis el texto.

Y Carmañola sacó del bolsillo un papel, que leyó en voz alta, en tanto que Gibassier leía en voz baja:

« Mi querido hijo: Desde ayer noche me hallo en París, bajo el nombre de Dubreuil. Mi primera visita ha sido para tí. Me han dicho que no habias vuelto; pero que te han remitido mi primera carta, y que por consecuencia, no puedes tardar. Si llegas esta noche ó mañana por la mañana, no dejes de encontrarte el mismo dia en la iglesia de la Asunción, junto al tercer pilar entrando á la izquierda. »

— ¡Ah! dijo Gibassier, ¡muy bien!

Y como hablando de sus negocios y de los ajenos habían

llegado al pórtico de la Asunción, entraron en la iglesia, cuando la campana del reloj daba las doce.

En el tercer pilar, á la izquierda, estaba Mr. Sarranti, en tanto que arrodillado á sus pies Domingo le besaba la mano sin ser visto de nadie.

Nos engañamos; había sido visto por Gibassier y por Carmañola.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CÓMO SE HACE UN MOTÍN.

Una ojeada había bastado á aquellos dos hombres, y en el mismo instante, girando sobre sus talones, se habían dirigido hacia el lado opuesto; esto es, hacia el coro.

Pero cuando volvieron sobre sus pasos, hallaron que Domingo estaba siempre arrodillado, pero que Mr. Sarranti había desaparecido.

Faltó; pues, poco, como se puede conocer, para que la infalibilidad de Mr. Jackal no fuese puesta en duda por Gibassier. Pero su admiración hacia el jefe de policía fué grande, inmensa. La escena que había indicado, el cuadro que había descrito, había pasado como un relámpago; pero escena y cuadro habían existido.

— ¡ Eh ! ; eh ! dijo Carmañola, continuó viendo á nuestro fraile, pero no veo á nuestro hombre.

Gibassier se alzó de puntillas, dirigió su ejercitada mirada al fondo de la iglesia y sonrió.